

VISITA EN LA MONTAÑA

SAMUEL FARGO

Nadebyr dormitaba tranquilo sobre sus miles y miles de monedas de oro, diamantes y gemas preciosas. El invierno había pasado, pronto volvería a estirar las alas y sobrevolar las montañas. Había escuchado cierto rumor proveniente de las entrañas del mundo, cuyas palabras mudas restallaban en sus oídos diciéndole que tendría una visita.

A Nadebyr no le gustaban las visitas, pues le traían problemas. Había que rebajarse a utilizar la lengua común de los mortales, carente de belleza y lirismo, y olvidarse de la sutil beligerancia de su propio idioma, que había nacido allá en lo más hondo de la tierra. Pero que un simple mortal aprendiese aquel hermoso lenguaje era un sacrilegio, una verdadera blasfemia. Para los visitantes era necesario usar la lengua común. Pero aun así las visitas no eran de su agrado. Todos querían su oro, sus diamantes o cualquiera de sus tesoros. Pensar en eso le quitaba el sueño.

Las nieves se estaban derritiendo desde hacía un par de días. No habría más tormentas y tampoco los cielos volverían a nublarse. Las traicioneras montañas le abrirían paso al invasor hasta sus dominios. ¡Y pensar que le había costado tanto deshacerse de los mineros que vivieron allí!

Anhelaba olvidarse del rumor. Se daba vueltas continuamente sobre sus riquezas, se sumergía en ellas y luego emergía como un caimán al acecho. Pero éstas no le ayudaban. Los pájaros eran más útiles; cientos de agujeros se abrían paso a través de la montaña, pasajes adecuados para que acudieran a relajarle los oídos con sus trinos y limpiarle la piel entre sus duras escamas.

Las coloridas aves lograban distraerle de sus pensamientos inquietantes. Pronto sintió que las voces mudas sólo habían sido un mal sueño. Todo el asunto del rumor y el visitante no pasaban de ser imaginaciones suyas.

Así que se recostó e intentó dormir. Pero en el instante en que su quijada se posó entre las monedas, sintió su olor.

Nadebyr alzó de inmediato la cabeza y le dio la bienvenida. Rugiendo y levantando las púas de su nuca cual plumas de gallo enfadado, se dirigió hasta el desconocido, que se ocultaba bajo

una capa con capucha y se hallaba muchos metros más allá, sobre una roca de metal negro, desde donde podía observarle con facilidad.

—Veo que no has intentado ocultarte a mi vista —se acercó a él—. Eso habla bien de ti, forastero. Parece que tienes más valor que sentido común.

—¡Gran Nadebyr —alzó él las manos—, por favor sírvete escuchar mis palabras! He viajado mucho para poder hacerte esta visita.

—¿Visita? —bufó enfadado, arqueando el cuello—. Convidado de piedra es lo que eres. Muy apropiadamente te has alzado sobre aquel trozo de fierro viejo. Desde allí puedes observar todo mi tesoro cuan esplendoroso es.

—¡No me juzgues mal, gran Nadebyr! —el visitante bajó las manos y se quitó la capucha, revelando el rostro de un joven con ojos color verde y una cabellera larga, oscura y ondulada—. No he venido aquí a reclamar tus riquezas. Mi misión no es tan pueril. No soy como los demás hombres.

Aquellas palabras le estremecieron. Parecían sinceras y eso no podía ser normal. ¿Qué otro motivo tendría un simple ser humano para realizar semejante viaje, sino era para llevarse algo de entre sus joyas?

—Hmmm... Al menos en eso último estamos de acuerdo tú y yo. Jamás había visto una cabellera tan negra. ¿Acaso vienes del bosque de Béledor? ¿O simplemente te has teñido el cabello?

—Vengo de muy lejos. De tierras cuyo nombre aquí nada significan.

—No juegues conmigo, muchacho —Nadebyr se acercó lo suficiente para que su aliento le fuera perceptible al joven, quien, pese a sobresaltarse, no se movió de su sitio—. Mi nariz no falla, tampoco mis ojos. Tu olor es el que despiden las gentes de las cortes. Y esa capa tan fina que tienes jamás podría costearla un hombre humilde. ¡Que me corten las alas y me limen las garras si no resultas ser el hijo de algún rey!

—Mi nombre es Livio Arcadio Sánun...

—¡El hijo de Elud! Sí, conozco a tu padre, el César Livio. Ahora le llaman «el Conquistador», «Hijo de la Loba», «Emperador de Acero». Dime, joven príncipe —arqueó el cuello y alzó las páas nuevamente—, si no codicias mis joyas ¿qué es lo que quieres?

—Lo que anhelo es hacerte una pregunta, ¡oh gran Nadebyr!

—¿Una pregunta? ¿Nada más?

—Sí, gran señor.

—Y yo, ¿qué obtendría a cambio?

Sánun abrió la boca, pero no dijo nada. Se tocó el mentón, miró en todas direcciones y luego comenzó a registrar sus bolsillos. Nadebyr soltó una carcajada: la desesperación del joven príncipe le parecía sumamente jocosa.

—¡Un momento! —le interrumpió Sánun—. Aquí tengo algo que ofrecerte.

Había sacado un brazalete de oro refulgente, con forma de culebra, cuyos grandes ojos eran de lapislázuli. Ancho y de seguro pesado, era una joya sumamente cara. Cara y esplendorosa, para un mortal.

—¿Una sierpe de oro?

—Un brazalete muy fino. Y antiguo. Fue forjado en la capital de mi país. Tiene más de cien años.

—¿Y crees que mi sabiduría puede comprarse con una simple serpiente de oro con ojos de piedra-azul?

—¡No es cualquier brazalete, mi señor! Una vez le perteneció a una reina de las tierras del norte...

—Que supongo lo perdió cuando otro como tú le cortó el cuello.

—Me juzgas mal, gran Nadebyr. Sólo es botín de guerra.

—¡Mi lecho es un botín de guerra, muchacho!

—¿Y cuántos cuellos cortaste por él, gran señor?

Había sido divertido, pero el juego debía terminar.

—Tu serpiente de oro con ojos azules no es nada para mí —comenzó a llenar el buche de gas caliente—. La entrevista terminó, joven príncipe. ¡Vuelve cuando tengas algo mejor que ofrecer!

Escupió fuego, una inmensa ráfaga que chamuscó todo el hierro y hasta derritió algunas monedas. Cuando se quedó sin aliento, tomó una bocanada de aire y buscó a Sánun por todos lados, pero no lo halló.

Se había esfumado.

Aquella noche, Nadebyr durmió tranquilo. Pero en cuanto abrió los ojos a la mañana siguiente, supo que ese día tampoco alzaría el vuelo. No podía abandonar su tesoro con aquel bribón rondando por ahí. Tendría que esperar a que Sánun regresara. Por un momento decidió salir en su búsqueda, pero terminó desistiendo. Si tan interesado estaba en hacerle una pregunta, aparecería tarde o temprano.

Ingresó a una cámara donde entraba mucha luz y se recostó para que los pájaros le acicalaran el cuerpo. Su presencia atraía a todo tipo de aves que le libraban de insectos y otras molestias, por lo que la terapia resultaba muy relajante.

Un pájaro más grande y sin plumas se dignó en aparecer. Ya se había tardado demasiado.

Nadebyr abrió los ojos. Esta vez, Sánun traía consigo un bolsón de cuero.

—Veo que has vuelto. Eso habla bien de ti, joven príncipe. Demuestra tu valía y a la vez tu falta de sentido común.

—Gran Nadebyr, por favor, escucha las palabras de este mortal.

Intentaba ser cortés, pero sus palabras sonaban altaneras, como si la soberbia le acompañase desde el mismo vientre de su madre. A Nadebyr no le sorprendía, aquella raza de conquistadores se había ganado un nombre célebre gracias a su prepotencia.

—Ya, ya, sin tanta parsimonia. Habla con más soltura si no quieres que te calcine hasta los huesos.

—Sólo una pregunta quiero hacerte.

—Eso ya lo sabía. Pero dime, y espero que esta vez estés preparado, ¿qué ganaré yo a cambio?

—Puedo ofrecerte muchas cosas. Mira —abrió el bolsón—: esta es la diadema de un rey al que mi padre derrotó.

—¡Ah! De esas ya tengo. Y muchas. ¿Qué es esa cosa con plumas?

—Es un cazador de sueños de los hombres de los bosques del noroeste.

—¿Tu padre los conquistó también?

—No, Nadebyr, fue un regalo amistoso.

—Se ve interesante, pero no me convence.

—También traje este hermoso compás de oro. Los hombres del mar lo usan para...

—¿Y qué es eso que te cuelga del cuello?

Sánun se detuvo en seco. Parecía haberse asustado.

—Responde, muchacho, ¿qué es esa joya que cuelga de tu cuello en una cadenilla de plata?

—Es un regalo de mi madre. Mi prometida hizo la cadenilla.

—Sé quién es tu madre. Pero, ¿una prometida? Nunca te dignaste en mencionar ese detalle

—Sánun no respondió. Nadebyr alzó la cabeza y arqueó el cuello—. Los compromisos nupciales son algo muy importante. Cosas como esas no se le ocultan a un anfitrión.

—Sólo cuando el anfitrión es digno —bufó Sánun, con algo de amargura en la voz.

Nadebyr irguió el cuello cuan largo era: —¿Y acaso no lo soy?!

—¡Ayer intestaste quemarme!

—¿Y qué harías tú con un buscón que intenta sonsacarte un secreto?

»Te crees lo suficientemente digno como para hacerme una pregunta. Y sin embargo, cuando yo te hago una, te haces el ofendido.

—No hables así, Nadebyr.

—¡Hablo como se me antoja! Ésta es mi casa y tú un forastero.

—¡No es tu casa! Se la quitaste a los mineros hace siglos.

—Así es como se hacen las conquistas, joven príncipe. Llegas, matas y reclamas. Pregúntaselo a tu padre. Y de paso, dale saludos a tu prometida de mi parte.

Nadebyr comenzó a llenarse de gas caliente y Sánun salió corriendo. El fuego llenó toda la cámara, el humo ensució los muros y el cielo pétreo y algunas joyas se derritieron.

Ni rastro de Sánun.

Al otro día, Sánun no regresó, tampoco al siguiente ni tampoco al subsiguiente. Nadebyr sonrió victorioso. Esa mañana no había tenido noticia alguna del insistente príncipe, no escuchó sus pisadas ni tampoco percibió su olor. Por ello estiró las alas y salió a volar.

Durante todo el día disfrutó de las corrientes de aire, de la visión del mundo allá abajo y del sabor de la carne que capturó y asó al fuego de su aliento. Incluso se dio un baño en el lago de Osaras y cuando el sol comenzó a ponerse, regresó a su montaña de oro. Pero en cuanto posó sus garras en la cámara principal, supo que no estaba solo. Su nariz lo puso al tanto; aquella fragancia era nueva. Luego sus ojos le hicieron ver a quien buscaba: Sánun había regresado, se hallaba sobre las escaleras occidentales, justo en la meseta media. Esta vez traía una espada, cuya hoja negra le dio mala espina.

—Debo admitir que admiro tu perseverancia, muchacho.

Sánun alzó la espada y luego la dejó caer.

—Has hecho bien. Jamás podrías vencerme.

—No he venido a pelear contigo, Nadebyr, sólo quiero hablar.

Aquella no era la voz de Sánun. Aquél no era su olor.

—¿Y tú, quién eres?

El visitante se quitó la capucha. Era una elfina, una muchacha de la misma edad de Sánun.

—Mi nombre es Éivy Alderis, soy la prometida de Sánun Arcadio.

Eso le sorprendió. La moza era valiente.

—¡Te saludo, gran señor! Es un honor conocerte.

—El honor es todo mío, joven y valiente princesa. Pero si tú estás aquí...

—Quiere decir que yo también.

Aquél sí era Sánun. Nadebyr giró la cabeza y lo vio en la primera meseta de las escaleras de otro pilar, cien metros más allá. Portaba una espada enfundada.

—Esto es algo nuevo. ¿No deberían estar juntos?

—Tus palabras no nos engañan, Nadebyr. Nosotros no somos polluelos —replicó Éivy.

—No estamos de la mano, pero no por eso nos hemos separado —le aseguró Sánun.

—Eres astuto, príncipe —lo miró a los ojos—. Algún día serás un gran rey. Y tendrás —se acercó a Éivy— a una mujer muy valerosa como tu reina.

La joven se mantuvo firme, pero en sus ojos vio un atisbo de miedo. Aquello le gustó. Sonriendo, Nadebyr se acercó a Sánun nuevamente.

—Este obsequio me ha reconfortado más que cualquiera de tus otros ofrecimientos, joven príncipe. Has traído hasta aquí a la persona a quien más amas, pese a que podría calcinarla por completo si así lo deseo.

Sánun frunció el ceño, pero no le respondió.

—Eres más ambicioso de lo que pensaba. Pero aun así, no es suficiente.

—Lo sé, Nadebyr. Esta vez estoy preparado. Permíteme hacerte una pregunta.

—¿Y qué obtendré a cambio?

—Podrás hacerme una a mí.

Nadebyr estiró el cuello, agitó las púas, cerró los ojos, extendió las alas, golpeó el suelo y finalmente rugió con fuerza. Abrió los ojos con la esperanza de no volver a ver a sus visitantes, pero no se habían marchado, seguían allí, inmóviles, pero alerta.

—¡Muy bien, Sánun hijo de Elud! Puedes hacer tu pregunta.

Sánun inhaló y exhaló hondamente.

—El idioma de los dragones, la jerga que hablan entre ustedes y que sólo ustedes conocen. Deseo hacerme con sus secretos. Dime, gran Nadebyr, ¿cómo puedo aprender la lengua de los dragones? —preguntó.

Nunca en su vida, jamás en toda su existencia, imaginó que llegaría un día como aquél. Sánun tenía una ambición que nunca antes había visto en ningún otro humano, elfo o enano de entre toda la tierra. Si un hombre adquiría los conocimientos de las entrañas del mundo, en donde los dragones habían sido alumbrados, no sólo podría hablar con todos ellos sino que además quedarían a su merced. Y eso no era lo peor. Gruñendo, Nadebyr se dio cuenta de que, si no respondía, caería en deshonra. Furioso, sacudió la cabeza intentando pensar en algo. Sánun y Éivy le esperaban en silencio y los maldijo para sus adentros hasta que su mente se iluminó de golpe.

No tenía por qué faltar a su palabra. Daría la respuesta correcta y luego los abrazaría a ambos entre las llamas que saldrían de sus fauces.

—Entonces, quieres conocer mi lengua y aprender a hablar con mi gente —le dijo. Sánun asintió—. La única forma en que puedes instruirte en ella es leyendo el libro de la gran diosa Týmir —respondió él—. Y el único lugar en donde ese libro se encuentra es en los Infiernos.

—Te lo agradezco, Nadebyr. Ahora puedes hacerme una pregunta.

—Claro que la haré —se le acercó—. En ti veo una sombra que puede expandirse sobre todo el mundo. Cuando seas rey y ocupes el trono de tu padre, un fuego temible saldrá de entre tu alma y consumirá cada rincón de la tierra. Pero eso jamás pasará si no tienes descendencia. Dime, joven príncipe —le sonrió—, ¿qué es lo más importante para ti en este mundo?

Nadebyr giró la cabeza hacia Éivy, quien, asustada, armó un arco. Hacía tiempo que no devoraba carne de elfo, así que se lanzó hacia ella rugiendo y levantando las púas. Sánun corrió gritando contra él, pero le ignoró. ¿Qué podría hacer un simple mortal en su contra? Pronto vio que se equivocaba, pues mientras Éivy le lanzaba las primeras flechas, sintió un horrible dolor en la cola que le obligó a detenerse; Sánun le había clavado la espada que traía consigo y el ardor se le hizo insoportable. El acero de seguro estaba embrujado: le había atravesado las escamas y el músculo, ahora la sangre comenzaba a fluir desde dentro. Sacudió la cola con fuerza, blandiéndola como un látigo para sacarse al exaltado Sánun de encima. No lo vio caer, pero al voltear la vista una flecha con punta de plata se le clavó en el ojo izquierdo.

Entre gritos de dolor y maldiciones ofensivas se llenó de gas caliente y preparó para exhalar fuego. Vio que Éivy no se había movido, seguía allí, disparándole y fallando todos los tiros, pues las flechas rebotaban en sus escamas.

Juró que acabaría con ella, que usaría todas sus fuerzas para convertirla en cenizas y que su amado Sánun lo vería todo desde el pedestal de la impotencia. Abrió las fauces y escupió una ráfaga de fuego con todas sus fuerzas hacia ella. Éivy se lanzó por el borde de las escaleras, cayendo entre las monedas y esquivando las llamas. Furioso, Nadebyr estiró el cuello como una serpiente y abrió las mandíbulas para apresarla. Éivy le lanzó una flecha hacia la garganta, pero ésta se le clavó en las encías, justo entre dos dientes.

Gritó de dolor y una flecha más rebotó entre las escamas de su cuello.

—Esto me lo vas a pagar, ¡me lo vas a pagar! Te herviré viva. ¡No importa cuántas flechas me dispaes, voy a tragarte y dejaré que tu carne, tu sangre y tus huesos ardan hasta derretirse en mis entrañas!

Sánun le clavó la espada en una pata trasera, Nadebyr le lanzó una patada para lanzarlo lejos, pero el príncipe la esquivó. Una flecha se le clavó en el oído, justo bajo las púas. Éivy otra

vez. La miró, furioso, y decidió que la batalla no podía seguir. ¡Ambos estaban malditos! Comenzó a llenar el buche de gas caliente por última vez para encender la llama por dentro. Si había de morir, moriría, pero toda la montaña se vendría abajo al estallar con él. Y ese pensamiento lo puso de un macabro buen humor que le hizo estallar en carcajeos nerviosos.

Su risa retumbó en toda la caverna, pero no duró mucho. Sintió una estocada en el buche, gritó adolorido y una flecha se le clavó en la garganta y dos más en el interior de la nariz. Otra puñalada más, otra y otra.

Se derrumbó entre gemidos de dolor. Vio a Sánun acercarse pero pronto todo se tornó rojo... y luego negro. Le arrojó la espada con ferocidad y precisión temeraria; su ojo derecho quedó cegado también. Rugió una vez más y con las fuerzas restantes exhaló fuego por última vez.

—¡Malditos sean ambos! ¡Malditos sean!

Se desplomó sobre sus monedas de oro, piedras preciosas y demás tesoros. La sangre le ardía, la carne abierta no dejaba de sangrar y la hoja de la espada le quemaba el interior acuoso.

—¿Qué esperan? ¡Mátenme ya! —les exigió a sus visitantes.

La flecha del ojo izquierdo le fue arrancada de un jalón, y poco después la espada salió también del derecho.

—No vamos a matarte, Nadebyr —le dijo Éivy.

—Los dragones no nos sirven muertos —sentenció Sánun.

Si había algo peor que la muerte era vivir en deshonra. Aun así no quiso hablar de más: — ¿Y puedo saber el porqué de este acto de piedad?

—Me haré con el conocimiento de ese libro. Y cuando lo domine, regresaremos aquí y ya no volverás a descansar entre tu oro. Hasta entonces recuerda esto: dos simples mortales llegaron aquí, te derrotaron y te perdonaron la vida. Recuérdalo hasta que regresemos.

La única respuesta que dio fue un gruñido molesto. Le quitaron tres flechas más y poco después se retiraron. Los escuchó alejarse, recoger algunos tesoros y abandonar la caverna. Decidió permanecer tumbado, los pájaros le ayudarían con las flechas restantes, las heridas se cerrarían pronto, las escamas perdidas volverían a crecer y sus ojos se terminarían curando.

Y Sánun regresaría. Sánun y Éivy regresarían. Eso nunca lo podría olvidar.